

MARÍA JOSÉ PRIETO VÁZQUEZ

• • • •

EL RETRATO

Y OTRAS NOVELAS CORTAS DE SUSPENSE



EL RETRATO

El ambiente de la casa era tétrico, sobre todo desde que aquella terrible desgracia había ocurrido. Los muebles tenían un cierto color oscuro, y la escasa luz que penetraba por las amplias cristaleras se tornaba mortecina a causa de los cortinones de tonos elegantes y tenebrosos al mismo tiempo.

Norma andaba siempre con un semblante aterrado y ansioso, y su amiga Cristine, la dueña de la imponente mansión, la recriminaba siempre por cualquier cosa, pero aquella aguantaba como si fuese una esclava negra del siglo XIX.

—Norma, sírreme el desayuno, deprisa...

—Por favor, Cristine, si tienes todo el tiempo del mundo...

—Pero va a venir mi hija, ya sabes, y quiero preparar algunas cosas, que encuentre todo resplandeciente, todo ordenado, como a ella le gusta.

—¿Saco la cubertería de plata?

—La sacaré yo, y la vajilla buena, que vea que su madre todavía sirve para mucho.

Norma se mostraba cabizbaja y con cierto aire problemático y preocupado. La historia pasada le traía recuerdos muy desagradables que deseaba borrar de su mente, y hacía todo lo posible para que así fuese.

Esta vez se le habían acumulado, como otras veces, algunos cuervos de pelaje oscuro en su mente desgastada por la edad, pero ella intentaba por todos los medios que los siniestros animales se fueran para siempre y le dejaran su psique despejada.

—Piensas demasiado en tu hija. Es ya una obsesión.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? Está trabajando en Nueva York, y no puede venir muy a menudo. Por eso pienso tanto en ella. Y nosotras estamos lejos.

—Es por tu bien, Cristine. Debes saber que todo lo exagerado no lleva más que a situaciones desagradables, y te puede hacer daño, sobre todo a tu interior.

—¿Me estás diciendo que estoy loca?

—Por favor, no, me conoces desde hace muchos años, y no he querido dejarte sola nunca. Desde que tus padres murieron estoy siempre contigo. Es que continuamente estás mirando ese retrato de tu hija. ¿No sabes cómo es?, ¿es que te olvidas de su cara?

—Tienes razón, querida amiga. Es algo obsesivo. Siempre has sido una buena amiga mía. Perdona.

—No hay nada que perdonar. Te aprecio de veras.

Ambas se pusieron a realizar sus cotidianas labores, y olvidaron el incidente. Enseguida Cristine se metió en su habitación, donde tenía una mesa de despacho y varios volúmenes que hojeaba de vez en cuando, y se ponía a escribir, que era lo que a ella le satisfacía más. Teniendo toda la vida vocación de escritora, nunca había sido reconocida como tal. Se sentía frustrada, en cierto modo por esto y por otras cosas, de manera que su carácter sufría muchos altibajos. Tanto se la veía con cara alegre y animada, como con actitud grosera y afligida.

Así pasaba la vida en medio de una nebulosa frustrante. Habría sido quizás una buena escritora y haber encauzado por allí todos los problemas y frustraciones que conlleva la existencia, como un mecanismo psicológico de defensa, pero en su época y en su clase social esto quizás no se contemplaba.

Mientras tanto Roman había recibido una carta de Rosemary. Eran encantadoras todas ellas. Se veía que su corazón rebosaba ternura, sus principios morales, maravillosos, y escribía tan bien, que no podía envidiar ni al más consagrado escritor. Ello delataba una perfección espiritual extraordinaria, y pensaba que su aspecto físico no sería para menos.

Aprovechaba los ratos en que no tenía que hacer nada para contestar a esta enigmática joven, a la que no había visto nunca, pero que se le aparecía en su imaginación como un ser ideal, la más bella de las ninfas, una bella dama de la corte provenzal, un ser mitológico, una criatura entre la historia y la leyenda.

—¿Sabéis dónde se ha metido Roman?

—Estará en su despacho.

—Desde que se escribe con esa chica, pienso que está abandonando sus tareas como comisario, y actualmente se nos ha presentado un caso grave.

—¡Vaya!, trabajo tenemos. Ahora que habíamos pasado una temporadita desocupados... claro que lo veo un poco decaído.

—Él es el que más curra. Bueno, vamos a ver qué hace nuestro comisario.

Estaba pensando en ir a visitar a su querida Rosemary a casa, aunque ella trabajaba lejos, pero le había dicho que estaría con su madre dentro de un mes. Sumido en estos pensamientos, sus colegas lo llamaron y entraron en su despacho. Presentaba cierto aire de preocupación, la verdad es que no era de extrañar, porque trabajaba más que nadie; tenía que llevar el control de todo y coordinar los datos de los desaguisados que caían en sus manos.

—¿Cómo estás? Tenemos un suceso grave ahora...

—Mirad, disculpadme, pero me encuentro muy cansado, ya sabéis que aquí soy yo el que lleva la batuta, y... quería tomarme una temporadita de descanso.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

—Llamaré a un homólogo mío, que está en otra comisaría, para que os eche una mano, y pueda llevar el control del trabajo lo mejor posible. Ya sabéis que hay que laborar. Por ello nos pagan, y nuestro oficio es de mucha ayuda. No hay que olvidar eso. He sido muy blando con vosotros.

—De acuerdo, así lo haremos. ¿Vas a ver a tu chica?

—Son cosas personales, preocupaos por vuestro trabajo únicamente.

Columbia estaba floreciente en cuanto a turismo, pues sus tres ríos, el lago, el canal y varios parques ofrecían la posibilidad de recrearse y relajarse a todo el que visitase aquellos hermosos parajes. Su nombre viene del descubridor de América, Cristóbal Colón. Robert llegó a esta ciudad que le pareció encantadora. Estaba ansioso por conocer a Rosemary, y esperaba que su físico fuera como el alma que transparentaba en sus cartas.

La casa de referencia era una bonita mansión de la época de la guerra. La fachada se mostraba regia. Al principio titubeó. No sabía que esta joven fuese tan rica. Trabajaba en una empresa de modas en Nueva York, tenía una carrera de Letras por las cartas que le escribía, y juzgaba extraño que no se hubiese casado antes.

Llamó a la imponente casa. El picaporte era antiguo y parecía que aquella semblanza lo transportaba a otra época pasada e idealizada en el tiempo. De pronto se imaginó a los soldados de la Unión del Norte y a los estados del sur en plena batalla. Al final ganaron los del Norte o la Unión, y la esclavitud fue abolida, pero el sur quedó bastante destruido, sobre todo el transporte. Cuatro millones de esclavos fueron liberados. Hubo una gran variedad de uniformes que se destacaron por los sombreros e insignia, botas, mosquetes, etc.

Él podía haber sido uno de aquellos soldados montados a caballo, con su traje típico, y con el ansia de liberar a los pobres negros,

que no se merecían el trato que les estaban dando los hombres blancos de esa época pasada. Los latigazos que habrían recibido por la más mínima causa, las ofensas que habrían causado a las mujeres por su afán de poder y de lujuria. Las viviendas de esta época guardaban un secreto, sobre todo las de los grandes señores. ¿Quién sabe la de acontecimientos que debieron de ocurrir allí?

Salió una señora de unos setenta y tantos años, vestida a la usanza de estas tierras en más o menos 1861, cuando la guerra entre el Norte y el Sur. Se quedó un poco extrañado por el anacronismo y por lo que había él estado imaginando, que se situaba en esa época. Tenía la mujer una actitud afable, demasiado alegre, sonriente, pero con una sonrisa un poco forzada. Se la veía inteligente y observadora, aunque algo rumiaba por dentro, ¿algo misterioso, quizás?

—¿Es usted Robert Wilson?

—En efecto, yo soy. ¿Usted es la madre de Rosemary?

—Sí, Cristine, encantada de conocerlo.

—Lo mismo le digo, señora.

—Pase y le enseño la casa y el retrato de mi hija.

—Pero, ¿no está ella?

—Todavía no ha llegado de Nueva York. Es que tienen mucho trabajo, pero en tres días estará aquí. Al principio yo creía que iba a tardar un mes.

—Bueno, yo me he cogido una temporadita de vacaciones. El trabajo en la comisaría me estresaba bastante, y he decidido conocer a Rosemary.

—Ha hecho usted bien. Aquí hay bastantes cosas que ver, y esto es muy relajante. Pase y le enseño la casa.

—Bueno, vamos a ver.

La mansión era una joya antigua. Se la habían dejado sus padres, fallecidos ya, y habitaban otro plano energético. Tenía grandes salones, amplias alfombras, decoración oriental, muebles clásicos. Sin duda ella

debía de nadar en la abundancia, y la profesión que realizaba era auténticamente vocacional, porque si no quisiera trabajar..., podría echar mano de su gran capital, pero también puede que le gustara dedicarse a algo para llenar su vida. Estaba todo tan a la moda de aquella época..., lo que le pareció un poco extravagante quizás era la vestimenta que traía esta señora, porque en los tiempos modernos aquello resultaba francamente raro. Sonaba a disfraz o a que ella no estuviese muy en sus cabales, pero era muy pronto aún para juzgar una situación así, por lo que estimó que era mejor cortar aquellos pensamientos.

De pronto salió otra mujer del interior de la casa. Iba vestida de forma discreta, pero se le veía un aire preocupado. Podría ser una sirvienta, porque estaba muy pendiente de Cristine. No dejaba de mirarla de manera escrutadora. Le llamó la atención la actitud sumisa de esta persona. Desde luego todo lo que estaba ante sus ojos era objeto de su asombro. La casa tenía un aire oscuro, pero muy elegante, y los muebles iban al unísono también.

De pronto se le vinieron a la mente imágenes de grajos negros que entraban por aquellos amplios ventanales y revoloteaban por el interior de manera siniestra, emitiendo graznidos desagradables.

—Esta es Norma, mi amiga. Vivimos juntas desde hace mucho tiempo. Norma, saca algo de beber al señor. Es el novio de Rosemary.

—Sí, ahora mismo. ¿Prefiere té o alguna otra cosa?

—No se preocupe, por favor. Lo que usted quiera.

—Norma es como si fuera de la familia.

—Pues sí, a veces se tiene más amistad con los amigos que con los propios familiares.

—Ella es tan fiel... parece un perrillo faldero.

—Por favor, no me hable de esa mujer en ese tono. Parece muy buena persona, y, aunque no lo fuera, no me gusta esa expresión de perrillo faldero.

—Sí, y que se le ocurra ser mala...

Hablaron animadamente durante un rato. De todos modos, a Robert le seguía pareciendo Norma muy misántropa, muy callada, no la veía espontánea en sus reacciones. ¿Escondería algún secreto?, ¿o era así su forma de ser? El caso es que en algún momento le vio un aire más distendido, sin embargo, ignoraba si disimulando.

—¿Quiere que le enseñe el retrato de mi hija?

—Pues claro, no la conozco, y no me gustaría ver otra cosa.

—Cristine, siempre estás igual. A todo el mundo le enseñas el retrato.

—Cállate, Norma. No le haga caso. Le hubiese gustado que fuera su hija.

—¡Vaya! No le diga nada, le va a hacer sufrir.

—Está acostumbrada.

¿Acostumbrada?, ¡qué relación tan extraña entre las dos! En fin, en realidad no las conocía, y para eso se necesitaba tiempo. Estaba claro que una impresión primera no era suficiente. Era consciente de ello, porque debido a su trabajo tenía que analizar, dar vueltas y revueltas a las situaciones.

Pasaron a la gran sala donde estaba el cuadro de Rosemary. Era en realidad imponente, de una gran belleza. Reflejaba una dulzura de espíritu y una humanidad fuera de serie. Teniendo en cuenta lo que transmitían sus cartas, no era de extrañar que tuviese aquel aspecto. ¡Qué gran mujer debía de ser!, aunque la madre no pareciese muy normal con aquella indumentaria, pero también podía tratarse de algún capricho puntual de ella.

—¿No cree que es de una gran belleza la pintura de la hija de Cristine?

—Claro, es de una gran belleza, por supuesto. Está enamorada de su hija.

—Imagino que como todas las madres. Dígame, ¿por qué se fue tan lejos a trabajar?

—Bueno, es que allí están los amigos de su padre, y la protegen mucho. Le han procurado el empleo que ella quería.

—Bueno, pues es un buen razonamiento.

—Y su padre, ¿dónde está?

El rostro de Cristine adquirió un semblante atormentado. Se quedó mirando para él muy fijamente. Norma también presentaba una actitud de dolor. Probablemente se habría muerto o cosa parecida, por la expresión de las dos mujeres; a él también le extrañó que, para ser solo una amiga, Norma mostrara una relación un tanto bizarra con Cristine. Era de una sumisión casi enfermiza. En realidad, aquellas dos personas tenían que ocultar algún secreto, pero Robert daba muchas vueltas a las cosas en su calidad de policía. Estaba acostumbrado a ello, y a veces daba importancia a cosas que no la tenían, en su afán de investigación.

—Mi marido murió hace mucho tiempo. La niña era muy pequeña. Yo ya tenía mis años.

—¿Y cómo fue?

—Se cayó accidentalmente desde un barranco.

—¿Se casó usted muy mayor? Perdona la indiscreción.

—Sí, tuvimos problemas para casarnos.

—Bueno, no le voy a preguntar más, porque dirá que me meto en todo. Perdona, es que, al tener esta profesión, no lo puedo evitar.

—¿Se va usted?

—Sí, me voy al hotel. Ya nos veremos. Espero que venga pronto Rosemary.

Se alejó de allí, se marchó a descansar y a reflexionar todo lo que había visto en aquella casa. ¡Qué bella era Rosemary! Sin duda era preciosa, tal como él la había imaginado. Estaba muy impaciente por ver a esta extraordinaria mujer. Tenía una madre un tanto rara, pero puede que las hijas fuera de lo común tengan ese tipo de madres. Y también aquella amiga tan singular y huraña (por lo menos era lo que